

Desde tiempo inmemorial los grandes mitos han llenado de significado los aspectos más importantes de la existencia de los seres humanos. Así, los ciclos de las estaciones, los conflictos, las pérdidas materiales, la muerte y el nacimiento, y su proyección en lo femenino están permanentemente presentes en sus relatos. Estos hechos constituyen las piezas esenciales de cualquier mitología y, al mismo tiempo, la mejor expresión de los interrogantes fundamentales de la humanidad desde sus orígenes. A pesar de estar sistemáticamente relacionados con un pensamiento no empírico, nos hablan de una manera convincente a la vez que nos transmiten una profunda extrañeza.

Las obras que podremos ver en la exposición que nos muestra ahora Cristina Barrera nos confrontan directamente con algunos de estos mitos ancestrales y universales, que actúan como símbolos, tradiciones y experiencias de sacralidad y poder femenino. Así el ciclo de la sangre como arquetipo positivo de la identidad femenina. La araña como símbolo de la diosa creadora y madre de los dioses, constructora de complejas telas formadas por hilos que designan nuestro destino, pero también astuta y depredadora, peligrosa y oscura. Los collares con sus funciones de adorno y fertilidad, que también ahuyentan a los malos espíritus, además de otras propiedades mágicas. Y, claro está, las espirales, que desde tiempo inmemorial representan tanto el ciclo nacimiento-muerte-nacimiento, como el sol, que se creía que seguía el mismo ciclo todos los días.

Que no nos sorprenda entonces si Cristina Barrera se ha servido (con ciertas variantes) de la antigua técnica de la encáustica para realizar estos trabajos. Se caracteriza, entre otras cosas, por el uso de la cera como aglutinante de los pigmentos, y además, como capa protectora en su acabado final. El término deriva del griego enkaustikos –grabar a fuego–, y gracias a su inmediatez nos vemos transportados una vez más, y sin dificultad, al ámbito de lo mitológico: la cera que simboliza la energía creadora y la protección.

Tengo fe en que estas obras nos van a ayudar a recobrar en algunos casos, y a reconocer en otros la intuición y el sentido de lo profundamente femenino, tal y como nos confía la propia artista. El camino elegido ha sido a mi modo de entender (y de ver) muy valiente, y la belleza visual de estas obras resulta sobrecogedora. No obstante, a la hora de definir el singular mérito de esta exposición me doy cuenta que estoy ante un arte para la vida, que es en lo que consiste un eficaz intento de aumentar nuestra percepción hacia todo lo que nos rodea.

Christian Domínguez